



AIBR
**Revista de Antropología
Iberoamericana**
www.aibr.org
**Volumen 20
Número 1**
Enero - Abril 2025
Pp. 115 - 145

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

«La tierra sin mal»: Paisaje e identidades en el delta inferior del río Paraná, Argentina

Cynthia Alejandra Pizarro
CONICET (Buenos Aires, Argentina)
Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires, Argentina)
cpizarro@agro.uba.ar

Recibido: 06.02.2024
Aceptado: 02.08.2024
DOI: 10.11156/aibr.200106

RESUMEN

En este artículo se analizan las resignificaciones que los integrantes de la Asociación Civil Isleños Unidos II, localizada en el delta del río Paraná, realizan de su identidad. Sus socios se identifican con su paisaje, al que denominan «la isla» y resaltan las especificidades de la «cultura isleña», aludiendo a las sedimentaciones de las actividades desarrolladas por ellos y sus ancestros europeos. En base a un estudio etnográfico se indaga la manera en que incluyeron elementos de sentido del discurso ambientalista en sus narrativas identitarias. En el marco de una histórica confrontación con quienes denominan «ambientalistas» se observa que, si bien algunos de estos elementos de sentido fueron incorporados recientemente, también fueron confrontados. La metáfora: «La tierra sin mal»¹ con que se nominó a una lancha de pasajeros podría llevar a pensar que resignificaron el hito fundante que marca como sus ancestros a los europeos y que reprodujeron una posible ancestralidad de los grupos originarios. Por otro lado, incluyeron elementos de sentido del discurso ambientalista otorgando a los muelles nombres de distintas especies emblemáticas de la «flora y fauna autóctonas». Sin embargo, confrontaron estos elementos al referirse a su ser-en-el mundo. Señalaron la co-construcción del paisaje isleño a través de prácticas productivas y de vida desarrolladas por ellos y sus antepasados. Además, confrontaron con el discurso ambientalista argumentando que estas prácticas no representan un «peligro» para el ecosistema, sino que se trata de un cuidado recíproco. Estas vivencias se condensan emotivamente en la expresión «nosotros creamos el delta».

PALABRAS CLAVE

Paisaje, identidad, narrativas, discurso ambientalista, delta del río Paraná.

“THE LAND WITHOUT EVIL.” LANDSCAPE AND IDENTITIES IN THE LOWER DELTA OF THE PARANÁ RIVER

ABSTRACT

This article analyzes the resignifications that the members of the Asociación Civil Isleños Unidos II, located in the Paraná River delta made of their identity. Its members identify themselves with their landscape, which they call “the island” and highlight the specificities of the “island culture”, alluding to the sedimentation of the activities developed by them and their European ancestors. Based on an ethnographic study, we examine the way in which they have recently included elements of meaning from the environmentalist discourse in their identity narratives. Within the framework of a historical confrontation with those whom they call “environmentalists”, it is observed that, although some of these elements of meaning were incorporated, they were also confronted. The metaphor: “The land without evil” with which a passenger motorboat was named could lead us to think that they redefined the founding milestone that marks the Europeans as their ancestors and that they reproduced a possible ancestry of the original groups. On the other hand, they included elements of meaning from the environmentalist discourse by naming the docks after different emblematic species of the “native flora and fauna”. However, they confronted these elements when referring to their being-in-the-world. They pointed out the co-construction of the island landscape through productive and living practices developed by them and their ancestors. In addition, they confronted the environmentalist discourse arguing that these practices do not represent a “danger” to the ecosystem, but rather a reciprocal care. These experiences are emotionally condensed in the expression “we created the delta”.

KEY WORDS

Landscape, identity, narratives, environmental discourse, Paraná River Delta.

1. Utilizo comillas para citar textualmente las expresiones de mis interlocutores surgidas en conversaciones durante el trabajo de campo, y para transcribir las contenidas en documentos primarios.

Agradecimientos

La Universidad de Buenos Aires y el Ministerio de Educación de la Nación financiaron esta investigación. Agradezco a los isleños por compartir tan generosamente sus experiencias. Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el Seminari permanent, Departament d'antropologia social, Universitat de Barcelona, organizado por el Profesor Oriol Beltrán el 19 de octubre de 2022. Agradezco los comentarios recibidos. Las sugerencias de los evaluadores anónimos enriquecieron el argumento y desarrollo del artículo. No obstante, cualquier error es de mi entera responsabilidad.

1. Introducción

El objetivo de este artículo es analizar las resignificaciones que los² integrantes de la Asociación Civil Isleños Unidos II (IU2) realizaron de su identidad, la cual está enraizada en los sentimientos de devenir y de pertenencia a su paisaje. Esta organización congrega a pequeños productores, trabajadores del medio rural, y otros pobladores de la Zona Núcleo Forestal del delta inferior del río Paraná, Argentina.

Dicho delta se localiza en la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay y abarca una superficie de 1.750.000 hectáreas. Se extiende desde Diamante (provincia de Entre Ríos) hasta su desembocadura en el Río de la Plata y suele ser subdividido en tres regiones: delta superior, medio e inferior. Cada una de ellas tiene características distintivas relativas a sus condiciones biofísicas e hidrológicas y a los modos de vida de sus pobladores. El delta del Paraná se encuentra bajo la órbita jurisdiccional de tres provincias (Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe). Las islas correspondientes a la provincia de Buenos Aires se encuentran en el delta inferior. Específicamente, las que pertenecen a los partidos de Zárate, Campana y San Fernando se ubican en la parte central del delta bonaerense y han sido nominadas Zona Núcleo Forestal debido a que la forestación con salicáceas constituye la principal actividad económica. Dentro del delta inferior también se localizan las islas del partido de Tigre, en el que tienen lugar procesos de desarrollos inmobiliarios destinados al turismo.

Straccia (2023) señala que, según los registros arqueológicos, la región del delta inferior del río Paraná estuvo poblada por diferentes grupos

2. A fin de escribir con un lenguaje más inclusivo, priorizo los términos sin marca de género. Sin embargo, utilizo el género masculino para evitar opciones confusas como el uso de «@», «x», «e», cuya lectura resulta incómoda en el idioma español.

étnicos previamente a la colonización española, momento en que fueron diezmados debido a diferentes factores tales como las guerras y la proliferación de enfermedades letales, entre otros. A fines del siglo XVIII la zona fue ocupada por criollos y europeos que extraían madera del monte para hacer leña. En este período también se asentaron los jesuitas, que hicieron las primeras plantaciones de árboles frutales. Posteriormente, la zona fue poblada intermitentemente por criollos y españoles.

En la segunda mitad del siglo XIX comenzó el proyecto de modernización impulsado por el Estado argentino, en cuyo marco un grupo de intelectuales destacaron el potencial productivo e industrial de las islas. En esta línea, el Estado garantizaba ciertas condiciones de habitabilidad para la población de colonos promoviendo la actividad frutícola. En consecuencia, entre fines del siglo XIX e inicios del XX se produjo la llegada de familias europeas (los «pioneros» a los que refieren los isleños) (Pizarro, 2019).

Hacia mediados de dicho siglo, la fruticultura entró en crisis y el proyecto desarrollista modernizador promovió el monocultivo de salicáceas (álamos y sauces) en la Zona Núcleo Forestal, lo que requirió erigir diques para controlar las crecientes y bajantes de los surcos de agua que también habilitaron la construcción de casas protegidas de las inundaciones (Pizarro, 2019).

En la década de 1980, los censos nacionales de población de 1980 y 1991 pusieron de manifiesto que había tenido lugar una fuerte emigración en los partidos donde se nucleaba la actividad forestal. Aproximadamente el 33% de la población de San Fernando y el 39% de la población de Campana abandonó «la isla»³. Los censos posteriores muestran que esta tendencia fue en aumento. Según el censo de 2001 la población del sector de islas de Campana era de 1.420 habitantes y la del sector de islas de San Fernando era de 3.067 personas (Straccia, 2023).

A fines del siglo XX la construcción de diques permitió la disponibilidad de energía eléctrica y de caminos para quienes residían en las cercanías. Sin embargo, este proceso de consolidación del esquema forestal, al que en las últimas décadas se agregaron la silvicultura y la producción ganadera, generó desigualdades entre los isleños que habían permanecido en «la isla». La estructura socio-productiva está actualmente conformada por empresas foresto-industriales, productores familiares empresariales, productores familiares capitalizados y pequeños productores familiares (Pizarro, 2016).

En 2012 tuve la oportunidad de conocer la zona en el marco de una experiencia etnográfica junto con un grupo de estudiantes de mi Universidad y de la Florida Gulf Coast University y con un profesor de esta última, es-

3. Si bien la zona de estudio está compuesta por varias islas e islotes, los lugareños denominan a su lugar como «la isla». Desarrollaré esta idea más adelante.

pecializado en el estudio de humedales, con quienes llevamos a cabo un curso de un mes que incluyó una estadía en la zona de quince días. Posteriormente se fue conformando un equipo de investigación de estudiantes de grado y posgrado, en el que participaron ocasionalmente otros docentes. Desde 2012 a la actualidad —2024— hemos visitado «la isla» para hacer entrevistas en profundidad y observación participante. Además, realizamos actividades de extensión universitaria. También asistimos a eventos locales tales como fiestas, capacitaciones, reuniones organizadas por la Estación Experimental Agropecuaria Delta, del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), encuentros con funcionarios, etc. En mi caso, hace unos años que participo en las reuniones de la Asociación como socia. Toda la documentación recogida (audios, fotos, documentos) está sistematizada en la base de datos del equipo a la cual acudimos para realizar los análisis pertinentes según el tema que nos convoque.

Recientemente, los socios de IU2 han incorporado algunos elementos de sentido novedosos en su narrativa identitaria (Bauman, 1986; Candau, 2001). Por un lado, incluyeron la definición de su paisaje a través de una metáfora: «La tierra sin mal», con la que sus constructores bautizaron a una lancha que le fue donada a la asociación, lo que podría llevar a pensar que resignificaron el hito fundante que marca como sus ancestros a los «pioneros» europeos incorporando la posible ancestralidad de los grupos originarios de la época precolonial que vivían «en armonía con la naturaleza». Esto resultó llamativo porque los isleños no se habían referido a los indígenas como sus antepasados durante mi trabajo de campo previo. Por otro lado, incorporaron elementos de sentido del discurso ambientalista otorgando a los muelles nombres de distintas especies emblemáticas de la «flora y fauna autóctonas» y remarcaron las características no contaminantes de la lancha, ya que funciona con energía solar. Las toponimias provenientes del discurso ecológico también llamaron mi atención, ya que durante muchos años escuché a varios socios confrontar con las propuestas de «los ambientalistas».

Sin embargo, aun cuando incluyeron estos elementos de sentido en su narrativa identitaria, los confrontaron al incluir persistentes referencias a su ser-en-el mundo constitutivo de la «identidad isleña». Las categorías nativas «identidad isleña» y «cultura isleña» están íntimamente vinculadas con sus prácticas cotidianas de trabajo agropecuario y con las sedimentaciones de las actividades desarrolladas por ellos y sus antepasados europeos. Estas vivencias se condensan emotivamente en la expresión «nosotros creamos el delta» (Pizarro, 2019) dando cuenta de la co-construcción de-con su paisaje que materializa las prácticas sociales que los

isleños han desarrollado a través del tiempo, lo que Ingold (1993) denomina respectivamente como *landscape* y *taskscape*.

El artículo se organiza de la siguiente manera. En el segundo apartado presento una discusión teórica sobre paisaje e identidad. Resumo los aportes de distintos autores indicando sus particularidades y puntos en común y desarrollo sus implicancias para esta investigación.

En el apartado tercero me refiero a las tensiones entre «isleños» y «ambientalistas», quienes argumentan que las actividades de los lugareños estarían atentando contra la provisión de servicios ecosistémicos de los humedales que conforman el delta. Planteo que estas dos formas de concebir el mismo paisaje están en tensión/conflicto (Tilley y Cameron-Daum, 2017) y que se relacionan con el habitarlo y el no habitarlo.

En el cuarto apartado describo el paisaje «la isla» como un constructo cultural al tiempo que señalo que su materialidad tiene su propia temporalidad. Me refiero a la construcción de la memoria en relación con las distintas formas de construir la genealogía (Ingold, 2000). Relaciono al paisaje vivido de la cotidianeidad con su representación como identidad espacial. Destaco la conformación de un colectivo de identificación «isleños» y la profundización del antagonismo con el colectivo de identificación «ambientalistas».

En el quinto apartado analizo la manera en que los socios de IU2 resignificaron elementos de sentido del discurso ambientalista en su narrativa identitaria. Por un lado, una empresa industrial les donó la lancha antes mencionada. Esta embarcación fue denominada «Tierra sin mal» por los estudiantes que la construyeron, en referencia a una leyenda sobre los pueblos originarios que habitaron la zona «en armonía con la naturaleza». Por otro lado, los muelles en donde pararía la lancha recibieron los nombres de ejemplares de la «flora y fauna autóctonas» siguiendo las sugerencias de una especialista en recursos naturales del INTA. Si bien los socios incorporaron estos elementos de sentido, los confrontaron reintroduciendo aquellos propios de su narrativa identitaria, que refiere al *taskscape* que articula los senderos de los habitantes actuales y los de sus antepasados europeos, así como las prácticas de vida y de trabajo con las que se identifican y que han sido cuestionadas por los «ambientalistas».

2. Paisaje e identidad

En este artículo analizo la conexión entre el paisaje, la memoria y la identidad de los isleños. Resulta fructífero considerar, por un lado, los abordajes fenomenológicos centrados en el habitar el mundo a lo largo de la vida cotidiana y, por otro, aquellos que, dentro de ese marco, plantean

que los seres humanos tienen la capacidad de otorgar carácter de signos a determinados elementos del paisaje (Cayón, 2008).

A continuación, doy cuenta de las perspectivas fenomenológicas sobre el paisaje y desarrollo aquellas posturas más centradas en la experiencia de las prácticas cotidianas. Luego, me refiero a otras que, retomando estos planteamientos, destacan la incidencia de las relaciones de poder y la existencia de desigualdades entre los grupos sociales que habitan el paisaje. Posteriormente, abordo las líneas que agregan que las representaciones, las interpretaciones, los discursos, las memorias y las identidades son aspectos que están estrechamente unidos a los rasgos del paisaje. Finalmente, desarrollo los abordajes sobre la manera en que las identidades se constituyen en y a través de la acción en contextos materiales y culturales específicos (Tilley y Cameron-Daum, 2017), lo que da lugar a procesos de automarcación que se plasman en narrativas identitarias encarnadas en el paisaje.

Frente al modelo que plantea que el paisaje puede ser contemplado y escrutado por un sujeto observador imparcial, los modelos fenomenológicos sostienen la idea de que el paisaje es vivido y, en ese proceso, construido (Álvarez Larrain, 2012; Cano Zuñén, 2012; Obrador-Pons, 2007; Ramírez Velázquez y López Levi, 2015). Ingold (1993) critica los abordajes racionalistas y culturalistas del espacio y del paisaje que separan al espacio de las personas y suponen que los paisajes pueden ser observados desde un punto de vista externo. Plantea que se trata de una oposición estéril entre una visión naturalista del paisaje que lo concibe como un escenario neutral y externo de las actividades humanas y una visión culturalista que postula que cada paisaje es un ordenamiento simbólico del espacio.

Álvarez Larraín (2012) señala que el paisaje ha dejado de ser sinónimo de espacio, naturaleza o medioambiente. En línea con los modelos fenomenológicos, plantea que todo paisaje implica una construcción social producto de la interrelación del hombre con el mundo que lo rodea. Según este autor, la fenomenología sostiene que el mundo no es algo externo a nosotros, sino que es parte de nuestro ser. El concepto de *ser-en-el-mundo* refiere a que la existencia humana cotidiana implica estar involucrado con el mundo. *Ser-en* significa habitar en, es decir, experimentar el mundo a través de la existencia material de los cuerpos.

Obrador-Pons (2007) da cuenta de la perspectiva del habitar de Ingold, en el marco de la cual el paisaje es la sedimentación de prácticas cotidianas de humanos y no-humanos, que se entrelazan en el co-construir y performar el mundo. Según Ingold, el paisaje «es el mundo tal como es conocido por aquellos que viven allí, quienes habitan sus lugares y recorren los senderos que los conectan» (1993, p.6, traducción mía).

Este autor denomina *tasks* a estas prácticas cotidianas. Define como un *taskscape* al ensamblaje de *tasks*, a la relación social que se da entre estas actividades a lo largo de las vidas de las personas. Argumenta que, por lo tanto, el paisaje es un *taskscape* visible, esto es, constituye la materialización del entramado de actividades sedimentadas de una comunidad a través de muchas generaciones (1993). Álvarez Larráin (2012) agrega que esta red de interacciones entre la gente y el mundo material conforma *landmarks*, que son marcadores espaciales modificados o no por el hombre donde se realizan actividades y se interactúa con el entorno.

En el marco de los abordajes fenomenológicos y en coincidencia con Ingold (1993 y 2020), Tilley y Cameron-Daum (2017) resaltan la capacidad de agencia de quienes interactúan en el paisaje, en tanto que es una forma material vivida a través de los sentidos y construida a través de la práctica humana. Además, al igual que Ingold (1993), proponen que la agencia del paisaje está encarnada (*embodied*), porque actúa en las personas a través de la mediación de sus cuerpos. En consonancia con el autor, agregan que las identidades se constituyen en y a través de la acción, en contextos materiales y culturales específicos.

A diferencia de Ingold (1993 y 2020), Tilley y Cameron-Daum (2017) destacan la existencia de conflicto y controversias, al referirse a las formas en que «diferentes actitudes y valores sobre el paisaje se relacionan con diferentes (...) prioridades (esto es) la política del paisaje» (2017, p.3, traducción mía). Más tempranamente, Tilley (1994) señaló la desigualdad en las maneras en que diversos grupos humanos experimentan, comprenden y representan el paisaje, lo que puede ser utilizado para dominar, controlar y explotar. Por su parte, Hirsch (1995) señala que agencias externas tales como el Estado pueden tratar de imponerse sobre las categorías nativas y ejercer cierta fijación y permanencia.

Tilley y Cameron-Daum agregan que el factor emocional incide en la experiencia de los paisajes. Para los autores, la emoción también es una «manera de relacionarse con y valorar el paisaje en las políticas públicas y otros procesos de toma de decisiones» (2017, p.12, traducción mía). De esta manera, agregan a lo planteado por Ingold (1993 y 2020) la idea de que los paisajes congregan «sueños y emociones, discursos y representaciones y disciplinas académicas» (2017, p.20, traducción mía).

Tilley (1994) sostiene que el abordaje fenomenológico del espacio supone que este es un medio mas no un contenedor de la acción y que no puede existir separado de los eventos y actividades prácticas cotidianas en las que está implicado, tal como lo plantea Ingold (1993 y 2020). Amplía esta perspectiva al señalar que la identidad personal y cultural está estrechamente unida al lugar puesto que se construye a través de él.

Destaca la inutilidad de polarizar «como Ingold aparenta hacer, la percepción y la interpretación, la actividad práctica y el trabajo cultural, la explicación y el discurso» (1994, p.23, traducción mía), ya que «el paisaje es una forma repleta de nombres de lugares, asociaciones y memorias que sirven para humanizar y enculturar al paisaje» (1994, p.24, traducción mía). Resalta la historicidad de los espacios, ya que constituyen capas sedimentadas de significado en virtud de acciones y eventos que allí tuvieron lugar. El autor destaca la importancia de las narrativas porque establecen vínculos entre las personas y los rasgos del paisaje, creando guías morales para la acción.

Hirsch (1995) retoma también algunos planteamientos de Ingold (1993 y 2000) relacionados con la manera en que el paisaje es constructor y constructo de los seres humanos a través de su experiencia, de sus prácticas cotidianas. Agrega la idea de que el paisaje es también una representación que sugiere las posibilidades futuras que podría tener. Señala que el paisaje es un proceso cultural, caracterizado por una tensión entre dos polos: el *foreground* (ligado a la vida diaria y a la experiencia cotidiana), y el *background* (ligado a la existencia imaginada y potencial, a una idea representacional del paisaje). Se diferencia de una definición culturalista del paisaje argumentando que esta plantea una visión estática y que enfatiza una sola parte de la polaridad: la representacional, sin considerar el polo de la vida social cotidiana. Cano Zuñén destaca que, para el autor, el paisaje se erige como lugar de significados. Así, «la acción cotidiana inserta en el paisaje, más fenomenológica, puede conducir a la representación del paisaje» (2012, p.125).

Tal como señala Smith (Álvarez Larraín, 2012), las definiciones de *paisaje* a las que hice referencia tienen varios puntos en común. Incluyen la dimensión material de la existencia humana, pero también la percepción entendida como la interacción sensorial y emotiva con el entorno, y la imaginación reflejada en los discursos y las representaciones sobre el espacio. De tal modo, la articulación de las experiencias físicas, sensoriales y emocionales, combinadas con respuestas afectivas definen autocomprensiones colectivas del paisaje (Moya Pellitero y Hunter, 2020). Brubacker y Cooper (2000) destacan el rol que tienen las narrativas en los procesos identitarios. Sostienen que la locación narrativa dota a los actores sociales con identidades que varían en escenarios relacionales históricamente específicos. Las experiencias con respecto a los diacríticos identitarios, junto con la manifestación pública de las mismas, toman la forma de una historia compartida, de una narrativa (Hall, 2003).

En determinadas situaciones, se consolidan ciertas narrativas y memorias territoriales, dando lugar a procesos identitarios que conjugan un

sentido de devenir y un sentido de pertenencia a un determinado grupo sociocultural (Brow, 1990). Esto es, se configuran ciertos marcos de referencia que articulan una historia, una memoria y un paisaje comunes.

Estos procesos identitarios se basan en tramas simbólicas y afectos compartidos por quienes son marcados y/o se automarcan como miembros de agrupamientos socioculturales (Briones, 1998; Grimson, 2010; Hall, 2003). No obstante, no todos los rasgos culturales pueden ser marcados como diacríticos identitarios, sino que solo pueden serlo aquellos cuyo sentido ha sedimentado en el tiempo en contextos témporo-espaciales particulares, que tienen cierta perdurabilidad y que han sido interiorizados durante la socialización (Brubacker y Cooper, 2000; Finke y Sökefeld, 2018).

Los procesos de marcación identitarios dan lugar a que los miembros del colectivo se identifiquen a sí mismos e identifiquen a quienes son definidos como *otros*, sin cuestionar la propia mismidad. De esta manera, mediante un proceso de comunalización o de formación de grupo (Brow, 1990), se define la propia unidad y especificidad al tiempo que se delimita la diferencia. Doja (2018) señala que no importa cuán incompatibles sean las identidades, siempre se conforman en referencia una con la otra, ya que los límites de una están en contacto, en contraste o en confrontación con los de la otra.

Finke y Sökefeld (2018) agregan que los procesos identitarios implican relaciones más o menos jerárquicas que tienen lugar en contextos determinados. Por ejemplo, Brubacker y Cooper (2000) señalan que existen sistemas de categorización formalizados, codificados y objetivados desarrollados por instituciones poderosas y hegemónicas que pueden ser estatales o no-estatales. Los colectivos de identificación suelen resignificar los elementos de sentido de otras narrativas identitarias, pudiéndose imponer las de los grupos hegemónicos sobre las de los subalternos o ser confrontados y/o transformados según la situación del campo de fuerzas en cada contexto particular. También se dan resignificaciones a lo largo del tiempo dentro de un mismo colectivo, en el marco de escenarios particulares dinámicos y cambiantes. Finke y Sökefeld (2018) plantean que la delimitación de la mismidad puede tener lugar aun cuando se marquen diacríticos que podrían parecer mutuamente excluyentes, en la medida en que sean aceptados por y tener cierta plausibilidad para el colectivo de identificación.

En los siguientes apartados analizaré las resignificaciones de las identidades enraizadas en el paisaje que llevaron a cabo los miembros de IU2 entre 2012 y 2018, en el marco del avance de un frente ambientalista.

Estos cambios incidieron en la consecuente marcación de «la identidad isleña».

3. «Isleños» y «ambientalistas»

En este acápite analizo la manera en que los isleños se articulan como un colectivo de identificación, como *sí mismos*, y diferencian a los «ambientalistas», como *otros*, (Brow, 1990). Se trata de identidades que se constituyeron en la acción, en un contexto particular en el que las prácticas cotidianas de los lugareños fueron puestas en cuestión por parte de algunos biólogos-ecólogos, quienes consideraban que el humedal (delta del Paraná) estaba «en peligro». Este contexto material es para algunos «la isla» y para otros «el humedal». En esta tensión, el paisaje es representado y valorado de manera desigual por ambos grupos (Tilley, 1994). Siguiendo a este autor, esta desigualdad en las maneras de relacionarse con el paisaje se evidencia en la supremacía de la razón abstracta y universal encarnada por la ciencia, que pretende dar cuenta de la verdadera realidad de la naturaleza frente a las perspectivas de los propios lugareños (Ingold, 2000).

Era un domingo de verano de 2012, el cielo estaba límpido. Me encontraba en una lancha de pasajeros que nos llevaba al grupo de estudiantes y al profesor desde la ciudad de Campana hacia el Recreo Blondeau, localizado en una de las islas de la Zona Núcleo Forestal. Era la primera vez que navegaba por el Canal Alem, que fue construido a principios del siglo XX para facilitar la comunicación entre el río Paraná de las Palmas, a la altura de la ciudad de Campana, y el Paraná Miní. Todavía no sabía de las historias vinculadas a la construcción de canales y al dragado de ríos y arroyos. Tampoco conocía la historia del Recreo Blondeau que, luego sabría, es un lugar de memoria (Candau, 2001; Nora, 2008) para quienes habitan «la isla», y un lugar (*landmark*) atravesado por las prácticas de sucesivas generaciones, lo que da cuenta de la temporalidad del paisaje (Ingold, 2000). Esto es así porque condensa la historia de la vida social local desarrollada durante aproximadamente 100 años. Ahora es un monumento histórico, declarado como tal por la municipalidad de Campana.

Durante ese viaje había otros pasajeros además de nuestro grupo. Nuestro objetivo era realizar trabajo de campo en el marco del curso sobre el Impacto de la Agricultura en los Humedales.

En lo personal, hasta hacía poco tiempo no sabía qué eran los humedales ni que el delta del río Paraná es un macroecosistema de humedales que, según algunos especialistas, debía ser conservado, según lo plantean un grupo de biólogos, ecólogos e ingenieros agrónomos que se desempe-

ñan en ONG ambientalistas, universidades y el INTA (Blanco y Méndez, 2010; Fracassi, Quintana, Pereira, Mujica y Landó, 2013).

Estaba sentada al lado de un estudiante y prontamente se nos acercó Roberto⁴, uno de los pasajeros, de alrededor de 70 años, que es un pequeño productor forestal. Su quinta se ubica en el Canal Alem, en donde vive con su esposa. Es socio de IU2 desde hace muchos años. Se caracteriza por su locuacidad y por esgrimir argumentos fundados que cuestionan los de «los ambientalistas». Posteriormente, fue parte de una delegación de isleños que visitó nuestra Universidad en dos ocasiones con el objeto de hablar sobre la historia de «la isla» y su configuración socioambiental actual.

Nos preguntó quiénes éramos, qué hacíamos. Cuando le contestamos que íbamos al Blondeau con algunos estudiantes de Ciencias Ambientales de la Universidad, nos dimos cuenta de que esta respuesta lo afectó mucho y, por motivos que desconocíamos en ese momento, nos dijo que los «ambientalistas» criticaban a «los isleños» por sus formas de vida y de trabajo, puesto que en «la isla» se realizaban algunas actividades productivas y se construían diques para «manejar el agua», lo que atentaría contra los servicios ecosistémicos que prestan «los humedales». Planteó una postura muy crítica sobre los cuestionamientos que se les hacen a los isleños.

La categoría «ambientalistas» llamó poderosamente mi atención. Desde 2008 se ha producido una creciente presión por parte de distintos agentes vinculados con la defensa del ambiente que remarcan la necesidad de conservar el macroecosistema de humedales que conforma las islas del delta del río Paraná (Pizarro y Straccia, 2018).

Martínez Alier, Sejenovich y Baud (2015) plantean que América Latina es un continente dotado de extraordinarios recursos naturales que han sido explotados sin medida al tiempo que su población se caracteriza por una gran desigualdad y un empobrecimiento endémico, lo que tiene sus orígenes en la conquista española. Recientemente ha surgido el pensamiento ecologista latinoamericano que comparte los siguientes rasgos: la conciencia del desastre demográfico tras la conquista, el orgullo agroecológico vinculado a la sabiduría de los pueblos originarios, la admiración por la ciencia que postula la riqueza biológica del continente, la conciencia de la inequidad política y económica mundial y el saqueo de los recursos naturales, la conflictividad socioambiental local confrontando con el despojo de los bienes comunes, el planteo de los Gobiernos del desarrollo sostenible y la incorporación de nuevos conceptos tales como *derechos de la naturaleza*, *post-extractivismo* y *Buen Vivir*, entre otros.

4. Utilizo seudónimos para preservar la identidad de mis interlocutores.

Sin embargo, en algunas regiones, el ambientalismo conservacionista que es impulsado por ciertas ONG y algunos expertos es criticado localmente, debido a que se los considera foráneos, exhabitantes del paisaje. Basados en la preocupación por la pérdida de biodiversidad y otros servicios ecosistémicos, algunos organismos gubernamentales y no gubernamentales diseñan programas que buscan limitar las actividades antrópicas en los ecosistemas considerados de importancia por los servicios que prestan a la humanidad. Este tipo de ambientalismo suele ser resistido por los lugareños que se definen como habitantes y que remarcan esta diferencia con los agentes del ambientalismo.

Por ejemplo, Gómez y Ferrero señalan que en la selva misionera argentina tuvo lugar un programa conservacionista que valoró su importancia como «pulmón del planeta» (2012, p.83), a diferencia de lo sucedido en el siglo XX cuando se la consideró inhóspita y se impulsaron políticas de ocupación agrícola. En contraste, en el siglo XXI la selva fue considerada como un ambiente a ser gestionado y cuidado, se argumentó que los pobladores eran destructores del ambiente y se les asignó la responsabilidad de ser «guardianes de la selva». Al igual que en la selva misionera, en el delta del río Paraná, se expandió el discurso ambientalista que postuló que las prácticas de los lugareños debían adecuarse a las prescripciones conservacionistas realizadas por los expertos ecólogos-biólogos. Algunos estudios antropológicos del ambientalismo ponen en evidencia las maneras en que los lugareños resignifican este tipo de lineamientos, reproduciéndolos o disputándolos (Ferrero, 2005; Pizarro y Straccia, 2018; Vaccaro, 2005).

En la zona en estudio, «ambientalistas» es categoría construida por los isleños que refiere tanto a grupos de científicos que desarrollan sus estudios desde perspectivas biológico-ecológicas en el delta como a ONG en las cuales se articulan algunos de estos profesionales. Ellos cuestionaban la relación de «los isleños» con «el humedal» en el que viven. Pero, para «los isleños», el «humedal» no es su paisaje, sino que lo es «la isla». Posteriormente, a lo largo del trabajo de campo, me enteré de que una ONG «ambientalista» criticaba el uso que hacían del «humedal», poniendo «en riesgo» «la provisión de bienes y servicios ecosistémicos» (Blanco y Méndez, 2010). El avance de este frente ambientalista pudo apreciarse a partir de 2008, momento en el que tuvieron lugar incendios de envergadura en la zona de islas y cuyas cenizas llegaron hasta la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y la de Rosario, ambas próximas al delta.

La «identidad isleña» a la que se refería Roberto marcaba una diferencia con respecto a «los ambientalistas». Como dije antes, hace quince años que se comenzó a poner en valor al delta debido a que provee servicios

ecosistémicos de suma importancia para la sociedad. Entre ellos, se destacan: provisión de agua potable, secuestro de carbono, amortiguación de inundaciones y provisión de hábitat para la biodiversidad. Específicamente, el grupo de expertos antes mencionado cuestiona las históricas formas de vida y de trabajo locales y enarbola la necesidad de conservar la provisión de hábitat para la biodiversidad (Dayan, 2023; Straccia, 2023).

De hecho, algunos de estos «ambientalistas» fueron asesores/promotores de la Ley de Presupuestos Mínimos para la Conservación Ambiental de los Humedales, que comenzó a discutirse en la agenda pública en 2013. En aquella época, postulaban que no se deberían construir más diques, sin atender a la fuerte incidencia de esto en las formas de vida locales. Por lo tanto, la atmósfera se enrarecía cuando se hablaba de este tema.

En aquel primer encuentro que tuvimos con los socios de IU2 en el Recreo Blondeau, y en subsiguientes conversaciones de esa época, remarcaron que su principal objetivo era la construcción de un camino que conectara a «la isla» con «el continente», al tiempo que señalaban que su mayor dificultad era la insularidad y el aislamiento. En contraste, la propuesta de «los ambientalistas» era justamente mantener esta condición de insularidad. Hasta ese momento, la única forma de acceder a «la isla» era con lanchas colectivas, o a través de un trasbordador que cruza el río Paraná de las Palmas y conecta con un camino interno construido sobre uno de los diques de «la isla» y cuyas tarifas son muy altas.

Tilley y Cameron-Daum se refieren a «la política del paisaje» al señalar la existencia de distintas actitudes y valores: «algunos pueden querer que el paisaje se mantenga igual y conservarlo, mientras que otros pueden desear desarrollarlo, alterarlo o mejorarlo» (2017, p.3, traducción mía). Para los autores, la emoción también es una «manera de relacionarse con y valorar el paisaje en las políticas públicas y otros procesos de toma de decisiones» (2017, p.12, traducción mía). Pareciera entonces que los científicos valoran al paisaje de una manera distinta a como lo hacen los isleños, y que su conocimiento y propuestas no son tan neutrales como lo sostiene el paradigma positivista.

4. «La sangre de la isla te tira»: «Identidad y cultura isleña»

En este apartado analizo la manera en que los isleños habitan «la isla» como un estar y ser en-dentro del mundo. Su paisaje «es el mundo tal como es conocido por aquellos que viven allí, quienes habitan sus lugares y recorren los senderos que los conectan» (Ingold, 1993, p.6, traducción mía). En sus narrativas sobre «la isla» refieren a las formas en que su materialidad se encarnó en sus cuerpos y cómo ellos, a la vez, construye-

ron el paisaje a través de sus prácticas cotidianas (*tasks*) que se materializaron en un entramado de actividades sedimentadas de la comunidad a lo largo del tiempo (*taskscape*) (Ingold, 1993).

Esta dimensión material del paisaje incluye también la imaginación reflejada en discursos y representaciones del espacio (Smith, en Álvarez Larraín, 2012). Los isleños articulan una narrativa que se remonta a la gesta de los «pioneros» europeos, sus antepasados, mientras que no refieren a los pueblos originarios que poblaron la zona. Esta memoria no adopta el modelo genealógico moderno que implica «un cuerpo de sabiduría tradicional, que es transmitido de generación en generación» (Ingold, 2000, p.137, traducción mía) sino, más bien, «recupera la medida en que las historias de vida presentes y pasadas se entretujan a través de la experiencia compartida de habitar un lugar particular» (Ingold, 2000, p.148, traducción mía).

El paisaje «la isla» tiene una existencia independiente con sus propios ritmos y propósitos. De hecho, las islas, en las que sus habitantes residen y practican la producción de salicáceas y la ganadería, tienen características particulares. Presentan bordes altos en las costas, denominados *albardones*, y en su interior los suelos son bajos y suelen estar anegados. Conviven con ríos y arroyos, algunos intransitables. Están expuestas a un régimen hídrico particular que se caracteriza por inundaciones causadas por la creciente del río Paraná en dirección norte-sur, las crecidas del Río de la Plata, y las fluctuaciones propias de las mareas. Las inundaciones ordinarias son periódicas y suele haber inundaciones extraordinarias cada 10 años aproximadamente.

Estas características materiales afectaron y afectan la vida de los habitantes a lo largo de la historia. Los lugareños se remontan cuatro o cinco generaciones a la época de sus antepasados para narrar épicamente la manera en que «los pioneros» convivieron con los peligros y dificultades que debían enfrentar. Entre los peligros mencionan, por ejemplo, el asedio de animales peligrosos como «el tigre». También la topografía de «la isla» y las inundaciones los llevaban a construir sus viviendas en los lugares más altos del terreno, en lo posible lejos de la costa. Sin embargo, se señala cómo afectaron «la isla», cultivando frutales y hortalizas en los albardones y trazando zanjas para drenar los terrenos más bajos. Dicho trabajo, que consistió en habitar su paisaje produciendo su sustento y aprendiendo habilidades (Ingold, 2000), impactó en las subjetividades de los habitantes, sintiéndose isleños, capaces de habitar ese paisaje, aunque la vida fuera «dura y sacrificada» (Ortiz, 2021). Lo que los diferencia de la gente «del continente» que, «a pesar de que vive del otro lado del río Paraná», «no sabe nada de la isla».

Lo mismo sucede cuando los lugareños recuerdan, seleccionando especialmente ciertos eventos que la memoria social mantiene vigentes, la manera en que (con)vivieron con las inundaciones extraordinarias. Particularmente evocan la «marea del 59» y «la del 82». Señalan que muchos isleños se tuvieron que ir de «la isla», y resaltan las hazañas de quienes se quedaron (Pizarro, Ciccale Smit y Moreira, 2018). «La isla» es pronunciada por quienes enraízan su sentimiento de pertenencia y de devenir en ese lugar otrora considerado inhóspito (siglo XIX), pero que gracias al trabajo de los «pioneros» se convirtió en «algo lindo» (factible de ser habitado y puesto en producción), y que las generaciones subsiguientes luchan por mantener y mejorar.

El vínculo con los inmigrantes europeos que resaltan los isleños se relaciona con las políticas instrumentadas en Argentina a fines del siglo XIX que, con el fin de «blanquear» a la población, fomentaron la inmigración proveniente de ultramar y la aniquilación de los indígenas o su incorporación violenta en el mercado laboral. Los intelectuales de la generación de 1880 alentaron la llegada de europeos con la convicción de que favorecería la modernización y la civilización de los argentinos (Caggiano, 2013). Así, el delta del río Paraná fue promocionado como una tierra productiva y próspera (Tamashiro y Arqueros, 2022). El área de estudio fue poblada por vascos, italianos y portugueses entre fines del siglo XIX y principios del XX. Tanto el ideario de la nación blanca propio de los discursos hegemónicos que tuvo su origen durante la conformación del Estado nación argentino como el mito del «crisol de razas» se popularizaron en los inicios del siglo XX. Esta idea se sintetizó en la frase «los argentinos descendemos de los barcos» (Briones, 2005). Sin embargo, este crisol negaba e invisibilizaba a los pueblos originarios, a la población afrodescendiente y, también, desde mediados del siglo XX, a los inmigrantes regionales que conformaron la clase obrera en las distintas metrópolis del país (Caggiano, 2013). Segato (2007) propone la noción de «alteridades históricas» para referirse a otredades como las recién mencionadas, que son construidas por los discursos hegemónicos de la historia.

Con respecto a la narrativa isleña, si en el eje temporal se reproduce el discurso hegemónico que resalta la ancestralidad europea clausurando la posible vinculación con los pueblos originarios en tanto alteridades históricas, en el eje espacial se enfatiza la materialidad de «la isla» y la emotividad que surge al encarnarse el paisaje en los cuerpos de los isleños. En esta dirección, Tilley y Cameron-Daum (2017) resaltan que el factor emocional incide en la experiencia del paisaje. Moya Pellitero y Hunter (2020) argumentan que las experiencias físicas, sensoriales y emocionales,

junto con las respuestas afectivas, juegan un rol importante en las auto-comprensiones colectivas de lugar.

Cuando se habla de «la isla», se alude a todas las islas de la zona como si fueran una sola, un ser que los interpela como isleños, que los envuelve desde que nacen, que les provee de vida, que los desafía, que los cobija, los nutre y con la cual conviven atravesando las dificultades propias de la materialidad del paisaje. De hecho, a veces los expulsa (generalmente debido las inundaciones, pero también a las dificultades económicas). Es el lugar al que siempre se quiere volver... «la isla te tira», «la sangre de la isla te tira» (te llama, te reclama).

Por otra parte, la expresión «identidad isleña», de neto corte esencialista, fue mencionada de manera recurrente durante mis conversaciones con isleños y personal de distintas instituciones gubernamentales desde que comencé el trabajo de campo. La referencia a «la identidad isleña» va en paralelo con la mención de «la cultura isleña», las que son señaladas con orgullo. Para mis interlocutores, «los isleños» son los que viven y trabajan en «la isla» con sacrificio, pero que también disfrutan de ese lugar; en oposición a los que viven en «el continente», que no saben de qué se trata la convivencia con ese paisaje. Se trata de una identificación que se deriva de la experiencia que se adquiere fundamentalmente sobre la base de la vida cotidiana en la que isleños e isla son mutuamente afectados. Está enraizada en la narrativa épica sobre la manera en que ellos y sus antepasados «han convertido a la isla en algo lindo», según me decía un mediano productor forestal, de aproximadamente 50 años, cuya quinta se ubica en el Arroyo Las Piedras y que heredó las tierras de su padre, oriundo de Portugal (Pizarro, 2019).

Brubacker y Cooper (2000) señalan que la identificación de los agentes puede ser llevada a cabo por discursos o narrativas. Sin embargo, su fuerza puede depender de aquellas cosas anónimas y desapercibidas que se filtran en los modos de pensar y de hablar, que otorgan sentido al mundo. Siguiendo a estos autores, la identificación con «la isla» implica identificarse a uno mismo emocionalmente con otra persona, categoría o colectividad que comparten la experiencia de habitar las islas del delta (Ingold, 2000).

Fruto de las relaciones que había labrado con los miembros de IU2 y de cómo habían abierto sus puertas para que los estudiantes pudieran hacerles preguntas para sus trabajos finales, creí que era una buena idea diseñar un proyecto de extensión universitaria para mejorar la visibilidad de la entidad en las arenas local y regional. Por otro lado, recordé que, en las primeras visitas, el entonces jefe de «la experimental» (INTA) me había dicho que yo podría aportar con estudios sobre «la cultura isleña». Esa

expresión esencialista fue muy llamativa, pero pude apreciar que es un concepto que circula entre los isleños con mucho orgullo. Lamentablemente, el proyecto no fue seleccionado en esa oportunidad.

En diciembre de 2013 habíamos organizado un trabajo de campo que duraría unos cuantos días, pernoctando en un *camping* de la zona. Por tal motivo, el equipo de estudiantes y becarios viajó hacia allá en la lancha colectiva y yo lo hice en auto, en donde había cargado las carpas, los alimentos y demás insumos. Ese mismo día se realizaba una jornada de Agricultores Familiares en un barrio localizado cerca de la costa del río Paraná, que queda de camino hacia el traspassador que debía tomar para ir al *camping*.

Allí me encontré con el presidente de IU2, un isleño de aproximadamente 50 años que se dedica a la forestación en su quinta localizada en el Canal Alem y que ha sido presidente de la Asociación durante varios mandatos. Estaba también el tesorero, ya fallecido, quien vivía en Buenos Aires y que tenía una casa de fin de semana en el terreno vecino al presidente. Asimismo, estaba otro miembro de la comisión directiva, uno de los isleños de más edad, mediano productor forestal y cuya quinta se encuentra en el río Carabelas (en la zona denominada localmente «de los vascos»).

Les comenté que el proyecto «no había salido». El presidente creyó que estaba refiriéndome a uno que había presentado IU2 apadrinada por el INTA en una instancia gubernamental, lo que generó su indignación. Rápidamente el director de la agencia de extensión del INTA, un profesional nacido «en la isla» y comprometido con la regularización legal de IU2, le explicó que me refería al otro proyecto, al que habíamos presentado como Universidad.

La reacción del presidente fue mucho peor y me dijo que si éramos «de la universidad» no seríamos recibidos por los socios. Agregó que los miembros de la asociación ya se habían puesto de acuerdo el día anterior para no recibirnos, por lo que dijeron diversas evasivas cuando algunos integrantes del equipo los habían llamado días antes para coordinar encuentros. Rápidamente me di cuenta de que nos estaba confundiendo con los biólogos y ecólogos de otra facultad de la universidad de la que somos parte, con los de otra universidad y con los que pertenecen a una ONG ambientalista. Todos ellos son marcados con el colectivo de identificación: «los ambientalistas», y son quienes habían asesorado en la elaboración de la Ley mencionada anteriormente.

Le expliqué al presidente de IU2 que hay distintas universidades visitando la zona y que, aun dentro de la nuestra, los equipos son diferentes y tienen distintas posturas con respecto a la Ley. Me contó que habían

elaborado una nota junto con otras asociaciones locales para oponerse a la misma. Le ofrecí elaborar una nota como equipo de investigación para dar nuestra posición y apoyar a «los isleños»; también me ofrecí a leer la Ley junto con él para debatir los puntos más álgidos a fin de tenerlos en cuenta en la redacción. Esto nos abrió nuevamente las puertas, y a partir de entonces, todos los socios nos recibieron y nos siguen recibiendo cada vez que vamos.

El proyecto de extensión sí fue seleccionado en 2014 y lo llevamos a cabo durante 2015-2016. Desarrollamos dos actividades. La primera consistió en talleres colectivos de historia oral en los que realizamos una línea de tiempo que fue dividida en tres periodos, y cuyos resultados se plasmaron en tres *banners* (uno por cada período). En el marco de la segunda actividad elaboramos una muestra de fotos colectiva itinerante, que tenía por objetivo poner en evidencia cómo es la isla (Pizarro, 2022). Este conjunto de fotos, titulado «la vida en la isla» puede ser considerada como el polo del paisaje *background*, polo representacional que da cuenta del «cómo queremos ser» (Hirsch, 1995).

Siguiendo a Cano Zuñén (2012), el paisaje «la isla» para los isleños es un lugar corporizado, en el que habitan y al que experimentan. Además, forma parte de su memoria y da lugar a representaciones y narrativas. Constituye un lugar con capacidad de generar sentimientos y acciones de significación. «Identidad isleña» y «cultura isleña» pueden ser considerados como conceptos esencialistas y reificados. Sin embargo, para los isleños son representativos de las formas particulares que tienen sus prácticas cotidianas co-construyendo el paisaje en un entramado que los une con rasgos materiales de «la isla» y con las actividades de quienes ellos marcan como sus antepasados.

5. Tierra Sin Mal y animales emblemáticos: viejas y nuevas narrativas

En este acápite analizo la manera en que la donación de la lancha para transportar a los socios de IU2 al y desde el continente marcó un quiebre en la narrativa local. Fue denominada con la metáfora «Tierra sin mal», aludiendo a los pueblos originarios que no habían sido marcados por los isleños como sus antecesores. De tal modo, los constructores de la lancha que así la nominaron impusieron el modelo genealógico moderno que consiste en extraer desde un archivo ítems de información relevante para determinada situación. En este modelo, recordar implica sacar a relucir ciertos elementos que no necesariamente son parte del paisaje vivido (Ingold, 2000).

Además del nombre de la lancha, se elaboraron tres textos que explican su sentido y se bautizaron a los muelles con nombres de «la flora y fauna autóctonas», que también incluyen textos explicativos. Tanto el

nombre de la lancha, como los de los muelles y las narrativas que explican esas nominaciones pueden ser considerados como el polo del paisaje *background* (ligado a la existencia imaginada y potencial, a una idea representacional (Hirsch, 1995). Ninguna de estas nominaciones fue realizada por los isleños. Tilley (1994) señala la existencia representaciones del paisaje hegemónicas y Hirsch (1995) plantea que aquellas elaboradas por agencias externas pueden tratar de imponerse sobre las narrativas nativas, tal como lo planteo más adelante.

A continuación, retomaré la idea de Brubaker y Cooper (2000) que argumenta que los grupos identitarios suelen resignificar los elementos de sentido de otras narrativas identitarias, pudiéndose imponer las de los grupos hegemónicos o ser confrontados y/o transformados dependiendo de cada contexto.

En 2018 asistí a la fiesta del Día del Isleño que se realiza cada 31 de octubre o sábado cercano, en conmemoración de la fundación de la Asociación Consejo de Productores del Delta, otra organización isleña. Esa fiesta tiene lugar en una escuela de «la isla», congrega distintas actividades y actos públicos, y también hay algunos *stands* en donde varias instituciones locales y feriantes particulares difunden sus entidades y venden sus productos.

Mis participaciones en las asambleas de IU2 habían estado relacionadas con el proyecto de extensión que ya había finalizado en 2016, motivo por el cual había perdido el contacto con algunos de los socios con quienes me reencontraba en este tipo de eventos. Tal como habíamos hecho en anteriores ediciones del Día del Isleño, colocamos los *banners* con la historia de IU2 y algunas de las fotografías de la muestra itinerante en el *stand* de la Asociación.

Ese día habían colocado un televisor en el que se difundía un video referido a la institución. El video comienza con el logo de la Asociación y explica su conformación y misión. Muestra dos fotos de los socios en reuniones de trabajo y luego algunas que refieren a «la vida en la isla», tal como es definido por los socios.

Me di cuenta de que entre esas fotos se encontraban algunas de las que forman parte de la muestra itinerante. Con «la vida en la isla» me refiero no solo a aquellas fotos sobre las actividades productivas principales (mimbre, madera, abejas), sino también a personas involucradas de distintas maneras con su paisaje: caminando, remando, paradas cerca de un tractor. Esto es, fotos sobre los paisajes en donde los isleños se ganan el sustento, pero también materialidades con las que interactúan cotidianamente, espacios vividos (Lefebvre, 2013) que se interiorizan al hacer, construyendo sus subjetividades (Ingold, 2000) y produciendo un senti-

miento de pertenencia llamado vagamente «la cultura isleña» (Tilley y Cameron-Daum, 2017).

Posteriormente hay un título denominado «obras» que muestra el avance de la construcción del camino, el centro de atención primaria de la salud, un generador eólico, una tranquera vecinal, la gestión de la Ex Escuela N° 3, una planta potabilizadora y, finalmente, una lancha propulsada por electricidad que fue donada a IU2 y que es gestionada por la institución.

Este transporte posee un motor eléctrico y una serie de baterías de litio que se cargan con energía solar mediante los paneles que lleva en su techo. Recorre un trayecto de 16 kilómetros a lo largo del canal Alem y tiene una capacidad de hasta doce pasajeros. Fue construida por los estudiantes de tres escuelas técnicas y una ONG local en el marco de un programa de la empresa Tenaris, una empresa metalúrgica multinacional de gran magnitud, y con el apoyo de diversas entidades privadas. GEN Técnico es uno de los programas que impulsa la empresa y es implementado por su departamento de Relaciones con la Comunidad. Tiene como objetivo fortalecer la preparación de las nuevas camadas de técnicos en base a las necesidades del mercado laboral industrial. Uno de los proyectos es el «Transporte eléctrico Canal Alem», bautizado «Tierra sin mal».

Me sorprendió que la lancha haya sido bautizada «Tierra sin Mal», nombre que alude a una leyenda sobre los pueblos *guaraníes*. En el video figura la siguiente explicación:

La Tierra sin Mal, Yvymparae 'y, es un lugar mitológico, un espacio buscado por el Pueblo Guaraní, que ha sido históricamente, el motor de sus migraciones. Es el paraíso en la Tierra, un lugar privilegiado donde los vivos podían llegar sin pasar por la muerte. Los Guaraníes de las Islas o Chandules, soñaban con esta Tierra prodigiosa donde los alimentos crecen solos y los hombres son inmortales. *Es un espacio de comunión con la naturaleza a la que todos pertenecemos.* La Tierra sin Mal les permitiría transitar una vida digna de ser vivida, protegidos de todo sufrimiento. Los Karai, chamanes con suficiente poder para hacerse invisibles, resucitar a los muertos y devolver la juventud a las mujeres, eran los que mantenían viva la llama de la esperanza de llegar un día al mítico edén. Guiando a los Chandules, que vivían en una constante búsqueda, llegaron a los territorios del Delta siguiendo el curso del Río Paraná.

Creemos que *aquí se ubica la Tierra sin Mal, un espacio productivo con identidad*, que alberga el anhelo de un mañana mejor y lleno de oportunidades, para que los Isleños del Delta puedan vivir la vida que desean. *En donde el ambiente no esté amenazado por prácticas que lleven a su contaminación y todos puedan vivir en común unidad.*

Esta embarcación llamada «Tierra Sin Mal» nos recuerda que el paraíso en la Tierra puede ser posible si todos trabajamos por el bien común, es así como *recorre las aguas de este territorio, llevando y repartiendo vida* (transcripción de parte inicial del video, énfasis mío).

Tanto el nombre como la narrativa eran novedosas porque, si bien en una oportunidad el presidente de la Asociación me había contado que la zona había sido habitada por *guaraníes* y que un grupo de arqueólogos habían encontrado una canoa que fue llevada al Museo de Ciencias Naturales de La Plata, esa fue la única ocasión en todos los años que compartí con los isleños que alguien había hecho alusión a que el pasado del paisaje isleño se remontaba tan atrás en el tiempo. De hecho, los hitos que encarnan a la memoria «isleña» en su paisaje son aquellos vinculados con los antepasados de los actuales pobladores. Siempre que se habla de la historia de «la isla» se remite a los pioneros, inmigrantes europeos, que «convirtieron la isla en algo lindo».

En la narrativa de La Tierra sin Mal se recentran elementos de sentido de un pasado alternativo al de los pioneros que refiere a los indios *chandules* como los primeros pobladores. Por otro lado, se apela al discurso ambientalista romántico que presupone que todas las sociedades precapitalistas tuvieron una relación armoniosa con la naturaleza (Foladori y Taks, 2004). Estos dos elementos dan cuenta de que los sentidos de paisaje y de identidad son disputados no solo en un mismo momento por diferentes agentes, sino que también varían en un mismo grupo social (Brubacker y Cooper, 2000).

El video muestra una ilustración sobre el itinerario que recorre la embarcación «Tierra sin Mal», «llevando y repartiendo vida». Esto pone en evidencia de qué manera afecta a ciertos canales y ríos y es afectada por ellos, ya que cuando el agua está baja no puede circular, y en ciertas ocasiones se rompe su hélice al rozar el fondo del surco de agua. La lancha también afecta al transcurrir cotidiano de los isleños cuando la utilizan para trasladarse al continente y de regreso, mediando su contacto con la materialidad del paisaje (Tilley y Cameron-Daum, 2017).

La conjunción entre la producción y el cuidado del ambiente (expresado como «un espacio productivo con identidad») da cuenta de la incorporación de elementos de sentido del discurso ambientalista-conservacionista (Foladori y Pierri, 2005) puesto que se propugna equilibrar el desarrollo socioeconómico con estrategias de sustentabilidad ambiental. En este sentido, cabe mencionar al nombre que se le dio a cada uno de los muelles distribuidos a lo largo del recorrido de la lancha. La Asociación no solo construye el paisaje a través de la circulación en los cursos de

agua, sino que también construye lugares (*landmarks*) en los que el sentido está enraizado en historias y articulaciones con otros discursos.

Así, los muelles fueron bautizados con el nombre de varias especies emblemáticas de la región (Patí, ipacá-a, monte blanco, pajonalera, pava del monte, lobito de río, carpincho, cuclillo, ciervo de los pantanos y ceibo). El puerto flotante ubicado en el Boat Club de Campana y que funciona como base para la embarcación, lleva el nombre «Ciervo de los pantanos». Este animal es el más carismático de la zona, su caza está prohibida y se está llevando a cabo un programa para diseñar una estrategia de conservación, ya que se encuentra en peligro de extinción.

Este relato sobre la historia de «la isla» contrasta significativamente con la tradicional narrativa sobre las hazañas de los pioneros europeos para convertir este paisaje agreste en habitable, a fuerza de «mucho sacrificio». Pregunté a los socios que estaban en el *stand* sobre la historia de la lancha y me indicaron que hablara con Pedro. No lo conocía, porque se trataba de un socio relativamente nuevo. Pedro es un hombre de alrededor de 50 años, vive en Campana y compró tierras en el Canal Alem hace unos años con el objeto de construir un polo turístico-gastronómico. Participó activamente en IU2 hasta hace cuatro años aproximadamente, cuando tuvo algunas discrepancias con los socios isleños. Trabaja en Tenaris y tiene un puesto de alta jerarquía. Fue el impulsor del proyecto de la «lancha solar». Me contó que fue construida por estudiantes de las escuelas técnicas de Campana que apadrina la empresa. No se explayó demasiado sobre por qué le pusieron ese nombre. Dijo que lo habían buscado en Internet, que tenía que ver con la historia de la isla.

Mientras que años atrás Roberto había criticado enfáticamente a «los ambientalistas» y el presidente de IU2 había hecho lo mismo con respecto a «las universidades», en este momento la lancha era denominada con una metáfora: «La tierra sin mal», que relacionaba al paisaje isleño con un lugar no contaminado y recentraba elementos de sentido del discurso ambientalista.

Hace unos meses, requerí a los miembros de la comisión directiva de IU2 que me contaran algo sobre la historia del proyecto de la lancha y de los muelles. Pedro repitió nuevamente que el nombre de la lancha refería a la leyenda de la Tierra sin Mal. Cuando le pregunté específicamente a quién se le ocurrió, me dijo que salió del grupo de trabajo, porque querían poner un nombre vinculado al espacio que iba a recorrer la lancha. Le pregunté cómo estaba conformado el grupo de trabajo y me contestó que por los estudiantes de las escuelas técnicas. Ellos habían encontrado en Internet que uno de los grupos de *guaraníes* había estado en la zona.

Buscaron más información e incluso invitaron a dos «paleontólogos» para que dieran una charla.

Cabe señalar que, a diferencia de la identidad práctica isleña, sedimentada en la vida de los isleños y sus antepasados europeos, que se refuerza con las maneras en que las generaciones pasadas habitaron el paisaje, la marcación del hito de memoria relacionado con los aborígenes fue realizado por personas que no nacieron ni vivieron en «la isla», y muchas de ellas ni siquiera la han visitado. Esta narrativa se construye a través de la marcación de símbolos y de semantizaciones que no necesariamente son incorporadas, aunque sean incluidas en la narrativa identitaria de los socios de IU2. Esto se puede apreciar en el hecho de que en 2024 los isleños se referían a la lancha como «la lancha solar» y quizá muchos de ellos desconocían la leyenda con que fue bautizada.

Como dije más arriba, el vínculo que establecen los isleños con los «pioneros», se inscribe dentro del discurso hegemónico que caracteriza a la Argentina como blanca, moderna y europea, negando e invisibilizando alteridades históricas tales como los pueblos originarios. En este marco, la posible filiación indígena no fue mencionada durante el trabajo de campo, salvo en una oportunidad en la que un isleño comentó que se hallaron restos arqueológicos en la zona. Recién fue tematizada la leyenda de los *guaraníes* a partir de que los estudiantes de las escuelas técnicas encontraron la referencia a estos pueblos en Internet. Si bien en varias zonas de Argentina distintos pueblos originarios han iniciado un proceso de reconocimiento estatal y de restitución de sus tierras amparados en los derechos que les fueron reconocidos en la reforma de la Constitución en 1994, no es el caso de los isleños de la IU2. El haber aceptado la nominación que le fue dada a la lancha no implicó una reivindicación indígena.

Con respecto a las especies que dan nombre a los muelles, Pedro comentó que en una reunión mantenida con «gente del INTA», una profesional especialista en la conservación de la biodiversidad del delta sugirió los nombres y proporcionó el contenido de la cartelería ubicada en cada muelle.

Además, me envió documentación relativa al proyecto. A partir de su análisis, registré que existen tres versiones en las que la Asociación presenta a la embarcación «La Tierra sin Mal»: una, la que antecede y que figura en el video; otra, la versión que está en la cartelería de los muelles; y otra, la de la folletería. Las dos últimas recuperan en su narrativa el profundo vínculo que existe entre los isleños, su paisaje y su identidad, resultante de su ser-en-el-mundo en el que ponen en juego la totalidad de su corporalidad.

Creemos que aquí se ubica la Tierra sin Mal, un espacio productivo y *de recreación* con identidad, *con historia, y con memoria de todos quienes alguna vez y hasta ahora han cultivado frutales, hortalizas y forestales*, que alberga el anhelo de un mañana mejor y lleno de oportunidades, para que los Isleños del Delta puedan vivir la vida que desean. *Un lugar de tonalidades verde, que inspiran esperanza, donde se valoren los recursos del ambiente* y todos puedan vivir en comunidad (versión en la cartelería, énfasis mío para destacar los elementos que se agregan a la versión del video).

Aquí se ubica la Tierra sin Mal, un espacio *que atrapó a los pobladores de ayer y de hoy. Que supo dar frutales, hortalizas, mimbres, sauces y álamos, que marcaron a fuego esa identidad isleña y que, hasta hoy alberga el anhelo de un mañana mejor y lleno de oportunidades*, para que los Isleños del Delta puedan vivir la vida que desean. *Es la tierra que, con sus tonalidades verde, inspira esperanza, conserva recursos del ambiente, y esconde memorias e historias que suelen salir a la luz, cautivando a pobladores y visitantes* (versión en la folletería, énfasis mío para destacar los elementos que se agregan a la versión del video).

En estas dos versiones, a diferencia de la del video, se alude explícitamente a la historia del paisaje según es recreada por la memoria colectiva que marca como hito fundacional y a la llegada de los pioneros europeos y el esfuerzo de ellos y de sus descendientes para «crear el delta». La identidad isleña se abroquela en la producción agropecuaria resultante de la interacción entre los seres del mundo isleño como parte de su vida cotidiana. Estas afecciones mutuas están imbricadas en el cuerpo de los isleños y atraviesan las emociones que «la isla» les genera. La tierra, en su agentividad y prodigalidad, provee de sustento a los isleños que la trabajan. Y, también, su agentividad se proyecta hacia el futuro: es ella, con características antropomorfas, la que alberga oportunidades para que los isleños puedan vivir la vida que desean.

Otra diferencia interesante que plantean estas dos versiones radica en la manera en que se habla sobre el cuidado del ambiente. Aquí se refiere directamente al paisaje haciendo alusión a cómo este impresiona a la vista, los tonos de verde, el sentimiento que genera, la esperanza, y pone en valor los recursos ambientales. Por el contrario, la versión que aparece en el video denuncia que el ambiente está en peligro debido a ciertas prácticas que lo contaminan a través de una generalización que no específica a los responsables. En la versión del tríptico, la tierra también es caracterizada como un agente activo que afecta la vida del ambiente, de los lugareños y de los visitantes, al tiempo que se constituye como un lugar de la memoria. La tierra conserva los recursos del ambiente y es depositaria de las historias de sus habitantes.

El discurso ambientalista es resignificado en las tres versiones. Por un lado, la de la papelería y la de la cartelería tienen una mirada optimista sobre el futuro de la isla y de los isleños, que, movidos por la esperanza, valorarían el ambiente y sus recursos. Por el otro, la narrativa del video tiene una valoración negativa con respecto al presente, ya que sostiene que la contaminación es producto de ciertas prácticas de los seres humanos que amenazan al ambiente. Las dos últimas versiones pueden ser consideradas como parte del polo representacional e ideacional del paisaje de los isleños, de lo que quieren llegar a ser, esto es, el *background* que señala Hirsch (1995). Mientras que la versión del video puede también ser considerada un *background*, pero elaborado por foráneos y desconectado del ser-en-el-mundo isleño.

6. Conclusiones

El objetivo de este artículo fue analizar las resignificaciones de la identidad enraizada en su paisaje que realizan los integrantes de IU2 en el marco del avance de un frente «ambientalista». Hemos visto que son interpelados por la «cultura isleña» y que a la vez se automarcan como «isleños», articulando sentimientos de pertenencia y de devenir. Definen ciertas prácticas y eventos como valiosos y tienen un involucramiento emocional con la «identidad isleña».

Según Brubacker y Cooper (2000), la identificación no requiere un agente social que se desempeñe como un agente «identificador» específico. Tal como hemos visto en el caso analizado, la identificación puede ser llevada a cabo de manera anónima por discursos y narrativas públicas. Los socios de IU2 comparten con otros habitantes de «la isla» la marca-ción de un pasado compartido, que comienza con la llegada de sus antecesores de Europa y de los haceres que hicieron posible convivir con un paisaje inhóspito. Esta narrativa identitaria se conforma a través de la sedimentación de sentidos en el relato de cada isleño.

Sin embargo, el discurso ambientalista está más formalizado e institucionalizado, posee elementos de sentido que tienen una gran carga valorativa para todos los miembros de la sociedad. Esto es, nadie escapa a otorgar ciertos valores a cuestiones como ambiente, cambio climático, cambio global, fauna en extinción, servicios ecosistémicos, y tal. Este discurso es penetrante, influyente y, además, hegemónico, ya que sus enunciadores y enunciados son reconocidos positivamente en el marco de la legitimidad que tiene el discurso científico como productor de verdad.

En la actualidad, el ambiente constituye un dominio que se concibe como necesitado de regulación y protección. El cuidado del ambiente ha

devenido en el principio ético y normalizador que guía las conductas (Muñoz Gaviría, 2008). La gubernamentalidad, según Foucault (2007), refiere a formas específicas de conducción de las conductas. Uno de los tipos de gubernamentalidad ambiental (Agrawal, 2005) es la disciplinaria. Esta tecnología tiene por objeto la constitución de sujetos ambientales por medio de la internalización de normas y valores. Así, el discurso ambientalista que opera en la Zona Núcleo Forestal es hegemónico, porque además de legitimarse por el hecho de ser producido por científicos, opera promoviendo valores conservacionistas entre los lugareños, propiciando ciertas conductas y criticando otras.

A lo largo de aproximadamente once años los socios de IU2 han sido interpelados por el discurso ambientalista, siendo notoria su reactividad durante los primeros años de mi trabajo de campo. Hoy puedo entender esa postura porque, en aquel tiempo, «los ambientalistas» cuestionaban fuertemente las prácticas productivas que, para los isleños, son prácticas de vida y constituyen ejes vertebrales de su identidad. También había socios que ponían en tela de juicio el funcionamiento y los intereses de la ONG de «los ambientalistas», así como la manera en que hacían las prospecciones de biodiversidad (Straccia, 2023).

En contraste, la identidad de los isleños se asentaba y se asienta en la interacción cotidiana con su lugar, en la manera en que son afectados por la materialidad del paisaje y en las formas en que ellos, a la vez, lo afectan. La materialidad del paisaje incluye, por ejemplo: las inundaciones, los árboles, las heladas, los incendios, los animales, la insularidad, las sequías, etc. La afección de los isleños al paisaje se observa en *tasks* tales como la producción agropecuaria, la construcción de casas, escuelas y otros monumentos, el levantamiento de diques y caminos, el tendido eléctrico, las balsas para conectar a los lugareños con el «continente», entre otros, lo que da forma al *taskscape* materializado en un *landscape* (Hirsch, 1995; Ingold, 1993 y 2000; Tilley, 1994; Tilley y Cameron-Daum, 2017).

Por ejemplo, un isleño se refería a su especial vinculación con un árbol plantado por su padre que sobrevivió a «la marea» (inundación) y otro señalaba su relación con sus vacas a las que llama «mis chicas». La narrativa identitaria isleña era y es remitida a las generaciones pasadas que llegaron a la zona y a su vida sacrificada, en el marco de las actividades a través de las cuales co-construyeron «la isla».

Durante el transcurrir del tiempo, el discurso ambientalista continuó interpelando a los isleños, de modo tal que resignificaron algunos de los elementos de sentido de este discurso hegemónico, aunque sin reproducirlos literalmente. Específicamente no reprodujeron los elementos del discurso ambientalista preservacionista extremo que niega la posibilidad

de cualquier actividad productiva que pudiera poner en peligro al ambiente (Foladori y Pierri, 2005). Quienes antes oponían «isleños» *vs.* «ambientalistas» pasaron a plantear «isleños» y «ambientalistas» (Pizarro y Straccia, 2018). La lancha fue nominada con una metáfora que alude a los pueblos originarios y su presunta vida en armonía con la naturaleza, y los muelles fueron bautizados con nombres de especies autóctonas. De este modo, los isleños valoran la «conservación del ambiente» en su nueva narrativa. La materialidad del paisaje isleño es recorrida-afectada por la lancha y está marcada por hitos ambientalistas (los muelles), construyendo nuevos surcos de pertenencia de los seres humanos a «la isla». Sin embargo, se continúa mencionando a la producción agropecuaria como parte distintiva de «la isla», resignificando elementos de un ambientalismo moderado, o conservacionismo (Foladori y Pierri, 2005), que conjuga a la producción con el cuidado del ambiente.

Nos encontramos así ante un nuevo paisaje afectado por y que afecta a los isleños. Una materialidad intervenida y nominada. Unos isleños permeables a paisajes alternativos, representados a través de una narrativa que confronta algunos elementos de sentido ambientalistas con persistentes elementos vinculados a la histórica «identidad isleña», enraizada en prácticas cotidianas de vida y de trabajo sedimentadas a lo largo de generaciones.

Esta narrativa incorpora algunos elementos de sentido del discurso ambientalista aceptando en parte la ancestralidad de los *guaraníes* y recreando un paisaje mítico del pasado indígena. Sin embargo, esto no es reproducido en su totalidad por los isleños, ya que generalmente se refieren a la lancha como «la lancha solar» y muchos desconocen la leyenda con que fue bautizada. La narrativa impulsada por «los foráneos» que resaltan la ancestralidad indígena como un legado esencialista que es pasado de generación en generación ajeno a la materialidad de las prácticas constitutivas del paisaje es parte de un modelo genealógico moderno (Ingold, 2000). Este *background* (Hirsch, 1995) ajeno a la lógica local se diferencia del que postulan los isleños desde su ser-en-el-mundo en la vida cotidiana. La Tierra sin Mal, como hito de la memoria, no es menos romántico que el hito de la llegada de los inmigrantes. Sin embargo, los isleños no enarbolan una posible ascendencia indígena, a diferencia del caso de la marcación de la ancestralidad de los inmigrantes cuando remarcan que son la cuarta o quinta generación de inmigrantes europeos.

En la época de los inmigrantes se nominó a los lugares que fueron poblando con referencias a los países o regiones de las que provenían. Las casas suelen ser identificadas con el nombre de las familias. En contraste, la nominación tanto de la lancha como de los muelles da cuenta de la

performatividad del discurso ambientalista que se ha expandido por la zona durante los últimos años. Sin embargo, este discurso es confrontado por los isleños cuando introducen en la narrativa referida a la «Tierra sin mal» la producción agropecuaria realizada por varias generaciones que «marcó a fuego la identidad isleña» y señalan que la tierra es un agente activo que tiene efectos positivos en el ambiente, los lugareños y los visitantes, al tiempo que se constituye como un lugar de la memoria.

Referencias

- Agrawal, A. (2005). *Environmentality: Technologies of government and the making of subjects*. Durham: Duke University Press.
- Álvarez Larrain, A. (2012). Somos en el mundo... Seres, materialidad y paisajes. *La Zaranda de Ideas: Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología*, 8, 9-30.
- Bauman, R. (1986). *Story, performance and event*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Blanco, D., y Méndez, F. (2010). *Endicamientos y terraplenes en el Delta del Paraná: situación, efectos ambientales y marco jurídico*. Buenos Aires: Fundación para la Conservación y el Uso Sustentable de los Humedales, Wetlands International.
- Briones, C. (1998). *La alteridad del «cuarto mundo»*. Una deconstrucción antropológica de la diferencia. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Briones, C. (2005). Formaciones de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provinciales. En C. Briones (Ed.), *Cartografías argentinas*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Brow, J. (1990). Notes on Community, Hegemony, and the Uses of the Past. *Anthropological Quarterly*, 63(1), 1-6.
- Brubaker, R., y Cooper, F. (2000). Beyond “identity”. *Theory and Society*, 29, 1-47.
- Caggiano, S. (2013). Racismo a la argentina: imaginarios en tensión en una sociedad blanca llena de negros. *Tabula Rasa*, 47, 135-159.
- Candau, J. (2001). *Memoria e Identidad*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Cano Zuñén, N. (2012). Definiendo el paisaje en base a la tensión. *Zainak*, 35, 117-138.
- Cayón, L. (2008). Ide Ma: El camino de agua. Espacio, chamanismo y persona entre los Makuna. *Antípoda*, 7, 142-173.
- Dayan, L. (2023). Hibridaciones entre el conocimiento experto y los saberes locales en torno al concepto «biodiversidad». Disputas de sentido en un área del Delta Inferior del río Paraná. Tesis de maestría no publicada, Facultad de Agronomía, Universidad de Buenos Aires.
- Doja, A. (2018). Social Morphodynamics: Mapping Identity Transformations, Cultural Encounters, and the Evolution of Core Values. *Social Epistemology Review and Reply Collective*, 7(1), 14-25.
- Ferrero, B. (2005). «La ecología» de los colonos. Búsquedas de inclusión en un territorio ambientalista. *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 187-197.
- Finke, P., y Sökefeld, M. (2018). Identity in Anthropology. En H. Callan (Ed.), *The International Encyclopedia of Anthropology*. New Jersey: JohnWiley & Sons, Ltd.

- Foladori, G., y Pierri, N. (2005) *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable*. México D.F.: Miguel Ángel Porrúa.
- Foladori, G., y Taks, J. (2004). Um olhar antropológico sobre a questão ambiental. *Mana*, 10(2), 323-348.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fracassi, N., Quintana, R., Pereira, J., Mujica, G., y Landó, R. (2013). *Protocolo de estrategias de conservación de la biodiversidad en bosques plantados de Salicáceas del Bajo Delta del Paraná*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Gómez, R., y Ferrero, B. (2012) Gobernabilidad y ambientalismo en la selva Paranaense. *Avá*, 20, 72-94.
- Grimson, A. (2010). Culture and identity: two different notions. *Social Identities*, 16(1), 61-77.
- Hall, S. (2003). ¿Quién necesita «identidad»? En S. Hall y P. du Gay (Eds.), *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hirsch, E. (1995). Introduction. En E. Hirsch y M. O'Hanlon (Eds.), *The Anthropology of Landscape. Perspectives on Place and Space*. Oxford: Clarendon Press.
- Ingold, T. (1993). The Temporality of the Landscape. *World Archaeology*, 25(2), 152-174.
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Nueva York: Routledge.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Martínez Alier, J., Sejenovich, H., y Baud, M. (2015). Introducción. El ambientalismo y ecologismo latinoamericano. En F. de Castro, B. Hogenboom y M. Baud (Coords.), *Gobernanza ambiental en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Moya Pellitero, A., y Hunter, V. (2020). Somatic Landscapes and Urban Identities: Mapping Emotional Engagements through Site, Dance and Body Connections in Raval, Barcelona, a Case Study. *Athens Journal of Architecture*, 6(3), 249-272.
- Muñoz Gaviría, E. (2008). Medio ambiente y biopolítica contemporánea. En *VII Seminario Nacional de Investigación Urbano-Regional*, Universidad Nacional de Colombia.
- Nora, P. (2008). *Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce.
- Obrador-Pons, P. (2007). Dwelling. En I. Douglas, R. Huggett y C. Perkins (Eds.), *Companion Encyclopaedia of Geography: From Local to Global*. London: Routledge.
- Ortiz, D. (2021). «Habitar la isla». Paisaje, lugar e identidad en la Zona Núcleo Forestal del Río del Paraná. Tesis de maestría no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Pizarro, C. (2016). Trabajadores paraguayos en la producción forestal del Delta Inferior del río Paraná. En S. Aparicio y R. Benencia (Eds.), *De migrantes y asentados. Trabajo estacional en el agro argentino*. Buenos Aires: CICCUS.
- Pizarro, C. (2019). Introducción. En C. Pizarro (Ed.), «Nosotros creamos el Delta». *Habitar, forestar y conservar un humedal*. Buenos Aires: CICCUS.
- Pizarro, C. (2022). Bonding, Bridging, and Linking Social Capital in a Community Association: Three Dimensions of an Applied Project in Argentina. *Human Organization*, 81(2), 122-131.

- Pizarro, C., Ciccale Smit, M., y Moreira, C.J. (2018). «Vino la marea y nos dejó en la vía». Experiencias de las inundaciones de productores forestales en un área del Delta Inferior del río Paraná. En R. Benencia y C. Pizarro (Eds.), *Ruralidades, actividades económicas y mercados de trabajo en el Delta vecino a la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: CICCUS.
- Pizarro, C., y Straccia, P. (2018). «Isleños» y «ambientalistas»: los pobladores locales y el desarrollo territorial sustentable en la Zona Núcleo Forestal del Delta Inferior del río Paraná. En R. Benencia y C. Pizarro (Eds.), *Ruralidades, actividades económicas y mercados de trabajo en el Delta vecino a la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: CICCUS.
- Ramírez Velázquez, B., y López Levi, L. (2015). *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*. México: UNAM, Instituto de Geografía y UAM, Xochimilco.
- Segato, R. (2007). *La nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Straccia, P. (2023). *Emergencia del conflicto ambiental y desactivación (parcial) en clave de sustentabilidad: «isleños» y «ambientalistas» en un área del Delta bonaerense del río Paraná (2008-2019)*. Tesis para optar al título de Doctor en Ciencias Sociales Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.
- Tamashiro, S., y Arqueros, M.J. (2022). La cuestión ambiental y modelos de desarrollo en disputa en el delta del Paraná. Una reconstrucción histórica a través de El Periódico del Delta, Argentina. En S. Astelarra, G. Camarero, B. Ferrero, C. Pizarro, P. Straccia y M. Urcola (Coords.), *Problemáticas socioculturales del delta del río Paraná: enfoques desde las ciencias sociales*. Buenos Aires: Teseopress.
- Tilley, C. (1994). *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*. London: Berg Publishers.
- Tilley, C., y Cameron- Daum, K. (2017). *An Anthropology of Landscape. The Extraordinary in the Ordinary*. Abingdon: UCL Press.
- Vaccaro, I. (2005). Property mosaic and State-making: governmentality, expropriation and conservation in the Pyrenees. *Journal of Ecological Anthropology*, 9(1), 4-19.

